

Gen 15,1-6.21, 1-3;
Sal 104;
Heb 11,8.11-12.17-19;
Lc 2,22-40

Santa Familia de Nazaret

Cuando se cumplieron los días de la purificación prescrita por la ley de Moisés, [Maria y José llevaron al niño [Jesús] a Jerusalén para presentarlo al Señor [...]. Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él y le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías enviado por el Señor.

Vino, pues, al templo, movido por el Espíritu y, cuando sus padres entraban con el niño Jesús para cumplir lo que mandaba la ley, Simeón lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios, diciendo: «Ahora Señor, según tu promesa puedes dejar que tu siervo vaya en paz. Mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos, como luz para iluminar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel». Su padre y su madre estaban admirados de las cosas que se decían de él. Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Mira, este niño hará que muchos caigan o se levanten en Israel. Será signo de contradicción – y a ti misma una espada te atravesará el corazón; así quedarán al descubierto las intenciones de muchos».

Trato de imaginar esta bellísima escena del viejo Simeón, el hombre del Espíritu, que acoge en sus brazos a aquel que es el esperado desde la creación del mundo, aquel que es el Señor del mundo. El Mesías poderoso, aquel que el pueblo espera para su liberación, aquel que debía volver al templo para destruir a todos los injustos del mundo y reinar sobre la tierra, es un niño. ¿Quién es el Señor? Es un niño que se entrega en los brazos de Simeón, en mis brazos y en los tuyos. Simeón recita el canto que se reza en completas, que concluye la jornada, que concluye la vida. Mi vida tiene sentido, alcanza su cumplimiento, cuando logro acoger en los brazos este amor, cuando reconozco las maravillas que el Señor ha realizado en mí. El sentido de nuestra vida es el abrazo con Él. Esta salvación que Simeón tiene en sus brazos, el Señor la ha preparado para todos los hombres.

Como José y Maria, también yo me asombro por estas palabras. En el fondo no comprendo cómo esta salvación sea ofrecida a todos, tanto a los justos como a los impíos, a los creyentes como a los ateos. Simeón los bendice y después le dice a María: Mira este niño hará que muchos caigan o se levanten en Israel, será signo de contradicción». La vida de Jesús es escándalo para todos: ninguno acepta un Mesías así, también los discípulos caerán. Todos caemos, nos escandalizamos de un Dios pequeño y vulnerable que lleva sobre sí el mal del mundo. Y sin embargo, es causa de resurrección para todos. Él es signo de contradicción, que contradice todos los pensamientos vanos de los hombres, para desvelar los falsos razonamientos de los corazones y revelarnos la verdad de un Dios que los ama así como son.

*Dios ha hablado a los padres por medio de profetas,
Últimamente, en estos días, Nos ha hablado por medio de su Hijo.*

La familia atraviesa una crisis cultural profunda, como todas las comunidades y vínculos sociales. En el caso de la familia, la fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave porque se trata de la célula fundamental de la sociedad, del lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros, y donde los padres transmiten la fe a los hijos (EG 66).